

E

l que busca
pierde*

Doy vuelta la página del diario de la tarde y leo:

...“La historia comenzó en un bar de la calle des Escudellers, donde dos parejas bebían alegremente. La conversación discurría por los cauces absurdos de los que no tienen nada que decirse y tomó el derrotero de la valentía. Naturalmente, el que era de profesión banderillero alegó ser naturalmente valiente, cosa que quizá fue puesta en duda por parte de una de las mujeres y entonces comenzaron los cerrados hombres a hacer más y más hombrías, entendiéndose a cuál más machote y ya para dejar boquiabiertos a los tres, el banderillero tomó violentamente el casco de la cerveza que tomaba y lo estrelló contra el mostrador. Acto seguido se aplicó la parte cortante del cristal a la muñeca izquierda y con ella se hizo un profundo tajo en las venas”...

rápidamente tomo las tijeras, recorto, retrocedo con renovadas furias hasta un punto crucial de mi cerebro, reconozco ríos, regueros rojos como la sangre roja que corre cerebro adentro, que me inunda canalizada y cálida. Empiezo a emprender la empinada espiral que conduce mi cuerpo por el caudaloso torrente de mis venas y sigo también otro hilo de sangre, el del imbécil, invencible imbécil ahora vuelto invisible por obra y gracia y bonhomía de un desdoblamiento. A ella la reconozco en el dibujo que ilustra la página del diario, a ella soy capaz de reconocerla en cualquier parte aunque se trate de una imagen muy borrosa y más bien indiferente. Sé que ella está en mí, me basta recorrer mis hilos más vitales para encontrarla a la vuelta de una arteria, en el recóndito codo del colon ascendente. Cada pedacito interno de mi cuerpo la conforma, cada partícula-yo tiene nombre de ella a pesar de esa extraña contingencia que la vuelve a ella innominada y única, al menos para mí y es lo que a mí me importa. Importa (comporta) muchos kilos de músculo apretado, la masa que soy yo, diré sesenta y ocho kilos, buena cantidad de carne delimitada por una piel porosa que no por eso se escapa de los poros, respeta las tangentes y no adopta las formas arbitrarias que muy bien podrían esperarse de una piel más elástica y menos circunspecta.

Es decir, heme aquí: ni muy bajo ni alto, ni gordo ni delgado ni vehemente ni ciego ni tonto ni perezoso ni feo ni buen mozo más bien algo extraviado y no siempre creativo. Ese soy yo a pesar de haber dado mis señas en alguna otra parte, a pesar de querer tomar más consistencia y de intentar delimitarme en tiempo y en espacio. No es fácil saber quién se es y si se es, menos fácil resulta completar a los otros tratando de integrarlos a la cosmogonía doméstica que llevamos dentro. Ella está acá y acá y acá (señalando regiones de mi cuerpo y espacio invisibles). Ella está en la noticia de este diario no sólo por el nombre de una calle sino porque reconozco su obra y su sed insaciable. Si no se ha bebido hasta la última gota de esa sangre de imbécil creo que podré seguir

su derrotero, internarme por la huella que ha dejado el reguero de sangre y volver con el olfato a su guarida.

Me he quedado ciego de esa manera extraña que significa: los ojos ya no me sirven más para encontrarla, los ojos no me llevan a su puerta. Ahora ven la vida de los otros, se han enceguido de puro conformistas y recorren unas calles atestadas de gente que no escucha, se detienen en una plazoleta encerrada entre casas de seis pisos con una fuente sucia unas palmeras y un poquito de verde polvoriento para dar ilusión y eso no es todo.

Yo sé que en estos ojos míos, estos ojos de mierda, ya no llegaré hasta ella y de todos modos ¿qué?, tengo otros radares me guío por otras fuentes de luz, aquellas que no irritan el nervio óptico. Todo nervio yo nervio todonervio salgo en pos de ese hilo conductor que me llevará a su casa: el reguero de sangre.

(y el día que pierda los dones del olfato recurriré al tacto, al oído, al gusto. Lameré las paredes hasta llegar a ella y el día que pierda el poder de mis cinco sentidos inventaré otros nuevos y el día cuando los nuevos no me basten, el día que sin ojos sin lengua ni orejas ni piel ni pituitarias me arrastre —si me arrastro— me estire —si es que puedo estirarme— me deshaga y no olvide, ese día también llegaré a ellas no por cuestiones de amor ni esas pamplinas sino por ser lo que soy a pesar de haberme desintegrado plenamente).

Habrà una noche y esa noche será. Habrà algo tan terrible en esa noche por su sola condición de noche, su verdad pavorosa. Yo de noches entiendo muy poco y le preguntaré a ella cuando la encuentre —si la encuentro— qué es la noche. La noche es una caja azogada, la noche es otro país. No son definiciones lo que busco, es la explicación total y sólo ella puede hablarme sin hablar y dármele sin siquiera mencionar su nombre. A la fauna de la noche sólo se le ven los ojos, ojos siempre verdes, un verde de profundidad de mar, ginecológico. Ella lo sabe todo y yo no tengo por qué perderla a la vuelta de un gesto, en algún rincón donde hagan sus nidos las aves del desastre desdentadas y voraces, plegables para ser llevadas en el bolsillo interior de la chaqueta.

Me está creciendo un punto de dolor sobre la sien izquierda, es el tiro de gracia que ella me disparó una martes a medianoche, un balazo de acción retardada que ahora empieza a viajar por mi cabeza. Pegajoso dolor, es una especie de última esperanza a la que me aferro antes de largar mis sabuesos internos en su búsqueda por miedo de aventurarme por pasajes secretos que quizá ni siquiera me conduzcan a ella. Pero ese imbécil que se abrió las venas para probar su hombría (como si el fluir externo de la sangre fuera cosa de hombres) sólo puede haber sido instigado por la tenacidad de ella. Veo la obra de su mano aunque no haya sido propiamente la que rompió la botella ni cortó las venas (no siempre las manos del verdugo figuran en la historia; no siempre las manos que ejecutan son las causantes reales del mal o del bochorno, no siempre se es

* Fragmento de la novela del mismo nombre (inédita). La autora es argentina, colaboradora de los suplementos literarios de los diarios *La Nación* y *La Opinión* de Buenos Aires. Ha publicado: *Hay que sonreír* (novela, 1967), *Los heréticos* (cuentos, 1967), *El gato eficaz* (novela, 1972), *Aquí pasan cosas raras* (cuentos, 1975).

lo que se desea ser ni lo que más se necesita. Si lo dudan, heme aquí de ejemplo y pueden ponerme a disecar dentro de un libro para después mostrarme en clases de moral o de conducta extraña. Yo, profesor, no me niego a verme rebajado a la condición inferior de testimonio siempre que sea con fines didácticos). Fue con fines didácticos, precisamente, que inicié la relación de estos hechos y ahora estoy dispuesto a sacrificar mi esencia, mi más o menos pálida existencia para entrar en la creación en cuatro patas y el hocico bien hundido hasta la soldadura que lo une al codo y a las demás instancias de mí mismo.

Tengo un dolor de esos lacerantes que sólo un teclear calma al segundo, un tableteo sutil y acompasado que sólo puede provenir de las ametralladoras que siempre nos apuntan (¿siempre, siempre?, ¿no habrá un momento en que bajan la guardia?, ¿no será ése el instante en que empezamos a girar encogidos sin saber dónde estamos ni de dónde venimos ni para dónde vamos?, muchas veces, claro, aspiro a la libertad absoluta de no estar bajo la mira, pero la más de las veces la libertad me asusta y no ando tan seguro de mí mismo).

“Mis ametralladoras son todas interiores y a veces se disparan” dijo o pensó o escribió o comunicó ella, y en las horas de duda (que son todas, ahora) pienso que quizá en esa simple frase resida el secreto de su ser tan absoluto, tan real a pesar de que las circunstancias nos obliguen a pensar lo contrario. Especulaciones vanas: dudar de su realidad absoluta significaría dudar de todo lo que respira bajo este puto cielo. La lista se la dejo para que ustedes vayan conformándola cuidadosamente, cada uno tiene su propia serie irracional de irrealidades que lo reconcilia con la vida —por fugaces momentos, el tiempo superpuesto de un encuentro.

Yo, si así puedo llamarme, si me está permitido dibujarme con un vocablo impúdico. Yo, o este fluir constante, esta arbitraria cadena de causas y de efectos que suelo llamar *yo* por comodidad, costumbre y economía de medios —tres defectos siniestros— este ser que tiene nombre propio (aunque propio como comprenderán ustedes no es la palabra exacta, no es la dosis exacta con que el constante devenir me beneficia). Ni propio ni privado ni ser ni beneficia, todos conceptos falsos, ajados por la interpretación al pie de una letra coja. Aunque privado sí: privado de tantos dones, de la sabiduría superficial y la profunda, de una real noción de inconsistencia, de amor en el sentido perdido de este término, de paz simplificada y de cordura esencial a las que aspiro.

¿He dicho ya que salí en su búsqueda? Creo haber mencionado el hilito de sangre que me conducirá a ella, creo haber mencionado mi ceguera primordial, la que me aqueja cuando ella no está y que se vuelve un círculo vicioso: cuando la pierdo a ella recupero mi visión cotidiana, pierdo la verdadera vista y ya no puedo verla. Es decir que perderla significa perderla doblemente, significa no poder recuperarla hasta no haberla recuperado antes, cosa que es imposi-



ble. Ella me permite *ver*, y verla a ella. Yo sé que se esconde en cualquier parte y ni siquiera trata de ocultarse demasiado: debe de reírse mucho cuando me ve pasar a su lado sin notarla, buscándola como estoy a sólo dos pasos de su mano tendida. Debe de reírse horrores cuando me ve cruzar la Plaza Real esquivando borrachos, porque los borrachos sí que pertenecen al mundo en que me encuentro, convencional y húmedo como el mundo de todos, la vida en Barcelona.

A veces recupero gotitas de ella misma, escucho tres acordes de su risa, a veces su sombra me obliga a doblar una esquina y es sólo eso, sombra, la sombra de ella colgada de otro cuerpo que quizá se

le parezca aunque ya ni me acuerdo de su aspecto para reconstruirla a gusto, para hacer su retrato imaginario y arrancarla de la nada donde mora.

Todos estamos lacónicos de búsqueda y yo quiero concentrarme en ella, sacudir mis largos bigotes e irme husmeando en cuatro patas hasta dar con esa latitud que es su guarida. La zona omfálica. Su morada, más bien su habitat natural que está en la esquina de lo oscuro y la desdicha. Ya no me queda ni cómo mencionarme, no me queda ni una espina de mí mismo y voy tras ella y trepo por las empinadas escaleras y paseo por largos corredores y doblo ángulos rectos y llego hasta su puerta que ya no es más su puerta y no la encuentro. En cuatro patas llego hasta el punto preciso donde estuvo su puerta y de golpe debo izarme hasta la mezquina condición humana porque allí ya no hay puerta para mí ni un llamado ni nada.

De la puerta de enfrente, que sí es puerta, asoma una bruja envuelta en el nauseabundo vaho de las fritangas. Una harpía de entrecasa con crenchas como famélicas lombrices. Y me arenga: "La noble institución del matrimonio, el sacrosanto deber de aquellos que llegaron al altar para unir sus vidas contra viento y marea, nada de eso volverá a ser mancillado en esta casa, nunca más una noble institución cristiana se verá amenazada por seres de otro mundo. Tras esa puerta que usted tanto busca hay una alcoba blanca, hay una novia envuelta en tules que espera virginal a su marido. ¿Acaso es usted el marido? ¿Acaso sus rodillas se gastaron en subir escalones hasta ella? No podrá profanarla aunque lo quiera, en esta casa no se derrama ni una gota de sangre. En esta casa todo es blanco todo es puro y la novia seguirá esperando con un sonrisa pintada en los labios por un artista habilidoso pero nada más detrás de la sonrisa, tan sólo un gran mutismo y eso es lo que necesitamos en esta casa: la diafanidad del día. ¿El señor quiere entrar? ¿El señor quiere verla a ella tras el vidrio? Un poquitito embalsamada puede que le parezca, un poquitito hierática y quizá fría. Tuvimos que proceder así, tuvimos que condenarla un poco al rigor mortis para poder limpiarla. No crea que nos resultó fácil. Tenía los cabellos de miel bastante pegoteados, los ojos de miosotis un algo marchitos. Y yo le dije a mi fiel marido, mi esposo ante Dios y ante los hombres, aquél que nunca osó profanar mi cuerpo no sé si por pureza o por falta de hombría, le dije, pues, a mi marido: a estos ojos de miosotis lo que les falta es agua, nunca vieron la lágrima ni vieron dolor o arrepentimiento y nuestro deber es éste: regarle los miosotis, desenredar la miel de los cabellos, espantar las abejas y hacer de este panal tan dulce algo que purifique a los otros con una sola lamida de la vista. ¿El señor quiere pasar a verla? Si el señor es el príncipe azul tan esperado le rogamos que no nos la despierte, nos gusta tenerla así vestidita de blanco en su alcoba tan blanca donde todo reluce y es de día. No nos la toque, señor. No la desvista.



Respete esta humilde casa donde tan pocas veces florece la pureza."

La harpía estuvo a punto de tomarme las manos quizá para besarlas o para hacer de ellas un uso indigno y lujurioso. No pude soportar la idea y me largué corriendo escaleras abajo con mis manos colgando de los brazos como muertas y no fue disparar ni cobardía porque supe que en una habitación blanca, entre encajes y con el pelo rubio y ojos de lo que fuera no podía de ninguna manera tratarse de ella. Ella fría no, ella la oscura nocturna y tibia. Ella es de piel negra y lustrosa como un lutre. Por eso me pasé la mano recién lamida por la cara y proseguí su búsqueda.